



Congreso Nacional del Medio Ambiente
Cumbre del Desarrollo Sostenible

COMUNICACIÓN TÉCNICA

Adaptación a los cambios climáticos globales y el papel de la cultura

Autor: Thomas Heyd

Institución: Universidad de Victoria
E-mail: heydt@uvic.ca



RESUMEN:

Cultura y cambio climático Para la mitigación y la adaptación al cambio climático es crucial que se haga hincapié en la matriz cultural que domina las sociedades. Las transformaciones de nuestras sociedades, en base a tecnologías y ingeniería aplicadas para aumentar la sustentabilidad y para obtener la mitigación y la adaptación al cambio climático, sólo pueden realizarse ultimamente si se tiene en cuenta el sistema de valores, los hábitos, las prácticas y las creencias que dominan las personas en nuestras diversas sociedades. Los factores culturales pueden tener un papel muy importante en la generación de la voluntad necesaria para llevar a cabo las importantes transformaciones del espacio físico, y a las medidas socioeconómicas potencialmente drásticas, que en breve el cambio climático global va a imponer en nuestras sociedades. Se busca llevar a la luz la importante labor que hace falta realizar en la investigación de cómo los valores, las creencias y el conocimiento interactúan. Se propone la importancia de una concepción clara de la vulnerabilidad. Algunas consecuencias prácticas son presentadas en conclusión. Tomás Heyd, Ph.D. e-mail: heydt@uvic.ca Department of Philosophy, University of Victoria, P.O. Box 3045, Victoria, British Columbia, V8W 3P4, Canadá



1. INTRODUCCIÓN

Los cambios naturales drásticos, especialmente aquellos que son provocados o están facilitados por la actividad humana, como lo son las sequías, el incremento en intensidad de tormentas y las inundaciones que se dan por el cambio climático, deben llevar a los que están capacitados para tomar decisiones a adoptar medidas correctivas en términos de prevención, mitigación y adaptación. En esta presentación vamos a proponer el debate respecto al papel de la cultura en relación con las fuerzas de la naturaleza que, por causa del cambio climático, se manifiestan de forma exacerbada.

2. CULTURA Y FUERZAS NATURALES PODEROSAS

Proponemos que la cultura tiene un papel distintivo, y posiblemente crucial, cuando buscamos confrontar el reto que supone el cambio climático para nosotros como seres humanos. El último informe del IPCC ha fortalecido la conclusión que el cambio climático ya está teniendo lugar y que hay que complementar las medidas de prevención y mitigación, con medidas de adaptación. Aunque el cambio climático nos parezca algo nuevo, la adaptación a tales cambios, y a otros cambios drásticos de los espacios habitables, no son nuevos para nuestra especie. Nuestra propuesta es que las experiencias de grupos humanos que han vivido por tales cambios se han plasmado en sus culturas y que, por consiguiente, nos puede ser valioso examinar más a fondo cuál es el efecto de distintos patrones culturales para con la acción que requiere la confrontación con el cambio climático.

La noción de la cultura, y la manera de entenderla en relación con su contribución a la adaptación a los medios ambientales en que vivimos, es en sí un campo controvertido (véase, por ejemplo, Ingold, 1994). Propongo que, en el contexto de este ensayo, consideremos la cultura como fenómeno que se manifiesta en las diversas formas de vivir por medio de los valores, las creencias, las prácticas, y los objetos materiales que condicionan la producción de los bienes y servicios tangibles e intangibles, necesarios para la satisfacción de nuestras necesidades y esperanzas, y la reproducción de los grupos que son los que mantienen esas formas de vivir. No se puede esperar una división nítida de las culturas entre las poblaciones humanas dada la inter-relación de los grupos humanos en un contexto cada vez más globalizado. Además hay que tomar en cuenta que todo conjunto de valores, creencias o prácticas, comunes a un cierto grupo humano, está afectado por relaciones de poder y no sólo son el resultado de la adaptación a las condiciones objetivas del medio ambiente natural. Sin embargo, aun así podemos preguntarnos si existen patrones culturales que constituyen adaptaciones que son más adecuadas que otras para responder a acontecimientos drásticos generados o influidos por fuerzas naturales no humanas, tales como los huracanes y las sequías que conlleva el cambio climático. Va creciendo la bibliografía que trata de este complejo asunto, y abarca disciplinas que incluyen la historia ambiental, la ecocrítica, así como los estudios culturales, la antropología, la sociología y la psicología social.

Desde tiempos inmemoriales los seres humanos han considerado a las fuerzas naturales capaces de actuar sobre nuestros destinos. Incluso se ha personificado a las tormentas, al mar y a la tierra como entidades divinas. Estas ideas se han ido transmitiendo de una generación a otra como sabiduría de los antepasados, por cuentos populares y por medio de prácticas religiosas tales como los tabúes. Aunque claramente no es cuestión de abogar por la adopción de tales creencias y costumbres entre occidentales contemporáneos, proponemos que la noción de *capacidad de actuar* de las fuerzas



naturales, y las maneras de protegerse que sugiere el reconocimiento de que las fuerzas naturales, al menos cuando llegan a tener una cierta envergadura, no son ni generalmente predecibles en su actuar ni controlables, puede tener un valor importante para la elaboración de políticas apropiadas para el cambio climático que está produciéndose en la actualidad. Entre otras cosas, este tipo de perspectiva nos alerta sobre la responsabilidad que tenemos en relación con la multiplicación del poderío de esas fuerzas naturales y también en relación a la vulnerabilidad que se acrecienta en grupos humanos marginados económica y socialmente.

Damos como ejemplo de actitudes basadas en el reconocimiento de fuerzas naturales no predecibles ni controlables las descripciones de las formas de cohabitar con la naturaleza de los pueblos Tlingit, de la costa de Alaska, y de las Primeras Naciones del Yukón, relatadas por la notable antropóloga Julie Cruikshank. Ella nos relata algunas de las tradiciones orales que tratan de los viajes que hicieron estos pueblos sobre los glaciares para comunicarse entre el interior del continente y la costa del Pacífico (Cruikshank, 2001 y 2002). Ella nos cuenta acerca de la idea de que los glaciares prestan atención y responden a los comportamientos humanos que muestran una cierta falta de respeto, tales como el hablar en alta voz, el derramar sangre, o el cocinar con grasa en sus proximidades. (2001, págs. 385, 387, 388) Cruikshank nos dice que los Tlingit de Alaska y de las Primeras Naciones del Yukón conciben al conjunto de seres humanos y seres no humanos como partícipes igualitarios en "paisajes sensibles." La noción de paisaje sensible consiste en tratar la diversidad de componentes con vida, e incluso las partes inanimadas, no como meros recursos sino como homólogos activos, capaces de responder a los comportamientos de los seres humanos. (Véase también Ingold, 1994, sobre la concepción de "la ecología sensible".)

Para los que no pertenecen al contexto cultural en que se originan estos relatos, la noción de paisajes sensibles y los relatos en los que se basa pueden parecer increíbles, pero sería un error centrarse en las diferencias de cosmovisión. Lo importante respecto a nuestro tema es que, según Cruikshank, la forma de concebir la relación entre los seres humanos y la tierra que se exhibe en estas tradiciones conlleva una "responsabilidad social" debido a "el carácter social de todas las relaciones entre los seres humanos y los no humanos, es decir, los animales y los elementos del paisaje, incluidos los glaciares." (2001, pág 382) Esta es una manera de concebir los paisajes naturales que es común, por supuesto, a muchos pueblos que tienen profundas raíces en sus tierras, entre los que se incluye a los inuit (los así denominados "esquimales") y los pueblos indígenas del norte de Rusia, así como los mapuches y quechuas de la región andina de América del Sur, y los aborígenes de Australia. (Véase también Brody, 2001)

¿Cuál es la importancia de este tipo de enfoque trans-cultural en las concepciones de la relación de los seres humanos con la naturaleza ? Cruikshank propone que este tipo de "conocimiento local arraigado en las tradiciones orales" muestra "un compromiso con [la idea de] un sujeto humano activo, íntegramente situado en un cierto lugar, del cual se sabe que tiene consecuencias." (2001, pág 391) O sea, el tipo de relación que se describe en estas formas de relacionarse con el paisaje pone de relieve "el contenido social del mundo y la importancia de tomar la responsabilidad personal y colectiva respecto a los cambios [que haya] en ese mundo." (2001, pág 391)

Si consideramos nuestra situación contemporánea, esta forma alternativa de concebir las fuerzas naturales tiene implicaciones interesantes. Es frecuente que, aun después de los desastres naturales, la gente siga con patrones de comportamiento poco adaptados a su



situación real. La gente, por ejemplo, frecuentemente reconstruye su vivienda en los mismos lugares, con los mismos materiales y los mismos diseños que antes, exponiéndose por lo tanto a los mismos riesgos que antes. (Leroy, 2005) Esto se puede deber a diversos factores, geográficos, sociales y económicos (como lo son la marginación económica y social de ciertas poblaciones, decisiones por parte de regímenes autoritarios, o el atractivo de beneficios a corto plazo). Se da un ejemplo reciente en la reconstrucción de pueblos y ciudades, generalmente en los mismos lugares a lo largo de las costas de Sumatra después que ocurriera el terrible maremoto del 26 de diciembre de 2004. Lo preocupante es que estos pueblos, cuya actividad económica está orientada al turismo, están siendo reconstruidos en los lugares donde originalmente había manglares que servían como de una especie de escudo contra las mareas altas y los tsunamis.

Ciertamente es costoso cambiar de lugar de residencia, pero aun así es digno de mención que hasta en los países de Europa Central, tras las inundaciones de 2005, en muchos casos se repitieron los problemas en los mismos lugares que ya habían sufrido importantes problemas en consecuencia de las inundaciones de sólo tres años antes (en 2002). Las dificultades se debieron al hecho de que los hogares y las empresas afectados se encuentran en lugares propensos a las inundaciones (por ejemplo, en las llanuras cercanas a los ríos). Como ya se ha indicado, en estos casos hay que buscar la explicación de la falta de adaptación en una diversidad de factores sociales, económicos y políticos, pero, partiendo del hecho de que no se hayan desplegado estrategias de adaptación más eficaces, incluso por parte de los ciudadanos y de las comunidades en los países más ricos del planeta, también se puede concluir que falta una cultura que sea adecuada para enfrentar los desastres naturales de forma apropiada. Se podría decir que esta situación apunta a un fracaso en el despliegue, o en el desarrollo, de sistemas de *recursos culturales adecuados*.

La implementación de soluciones técnicas, de ingeniería, tales como la construcción de presas de retención del mar o de los ríos, frecuentemente sólo funcionan como soluciones a corto plazo que, a menudo, también desplazan el problema a otros lugares (por ejemplo, aguas abajo, en el caso de los ríos canalizados). La lección que extraemos de los patrones culturales de los que Cruikshank nos informa es que puede ser de gran valor tener en cuenta, por una parte, las creencias, valores y prácticas que están en la base del entretendido contexto social y material contemporáneos, y, por otra parte, considerar bien la forma en que concebimos las entidades y los procesos naturales de nuestro alrededor que pueden poner en peligro vidas humanas y los medios de subsistencia. Por ejemplo, dado que los problemas que tenemos muchas veces resultan de una perspectiva que considera al medio natural como un adversario que necesariamente tiene que ser controlado, puede ser interesante considerar como alternativa la idea de propiciarles un espacio y tiempo para su expresión a esas entidades y a las fuerzas naturales que nos causan problemas. Ésta es una idea que algunos gestores ambientales ya han entendido, como cuando, en el caso de los ríos, se aboga por la rehabilitación de los deltas como áreas de retención de aguas, o, en el caso de las zonas costeras cercanas al mar, se propone la restauración ecológica de zonas de manglares y de bosques.



4. CONCLUSIÓN

Tenemos responsabilidades éticas respecto a la prevención y mitigación de, y respecto a la adaptación a, los efectos del cambio climático sobre los espacios habitables de los que dependen los grupos humanos. Estas responsabilidades se dan especialmente para los ciudadanos globales que viven en países que se han beneficiado de la combustión de hidrocarburos que producen gases de efecto invernadero los cuales, según confirman los estudios científicos más recientes, son los mediadores ó facilitadores principales del cambio climático. Desde la perspectiva de la ética debemos preguntarnos, de una parte, cuál es la forma de evitar ese *daño* que nos puede acaecernos a nosotros en los países ricos, y a muchos otros, mucho más vulnerables, en los países pobres, como resultado del cambio climático, provocado al menos en gran parte por actividades humanas. De otra parte la cuestión también es vislumbrar cuáles pueden ser las nuevas formas de vivir y de crear felicidad que nos proporciona el reto del cambio climático.

En este ensayo nos centramos en el papel de la cultura para con la adaptación a los cambios drásticos de la naturaleza, ya que, en general, la adaptación está condicionada por las pautas culturales dadas en una sociedad, aun cuando los individuos que la constituyen vayan encontrando diversas soluciones particulares. El desarrollo de los conocimientos científicos, en anticipación de técnicas para la protección ante los desastres y de estructuras socioeconómicas que tengan en cuenta vulnerabilidades diferentes según el nivel social, sin duda es muy importante, especialmente a corto plazo. Sin embargo es importante tener en cuenta que "nuestra capacidad humana para encontrar una forma adecuada de vivir con los problemas ambientales mundiales depende tanto de los valores humanos como de los conocimientos científicos" (Cruikshank 2001, p. 390)

Debido a las desigualdades entre las personas y entre los grupos y sociedades humanas, las personas enfrentan una diversidad de riesgos, e incluso oportunidades, respecto a los cambios naturales drásticos, tales como se producen en conjunción con el cambio climático. Algunos individuos y algunos grupos de personas están en mejores condiciones que otras para adaptarse, y dar respuestas adecuadas, a esos cambios. O sea, son más resistentes (resilientes). Proponemos que las diferencias entre los grupos que son más resistentes y aquellos que son menos pueden describirse en base a patrones culturales que se ponen de manifiesto en los hábitos y en las prácticas cotidianas, y que estas diferencias están vinculadas de forma fundamental con las conceptualizaciones, los valores y las prácticas relativas a la naturaleza no humana que nos circunda. Por esta razón creemos que las perspectivas culturales de las poblaciones que han cultivado relaciones con las entidades y los procesos naturales, que les llevan a un sentido de la responsabilidad respecto a esas fuerzas naturales, pueden proporcionarnos un interesante modelo para la reflexión sobre nuestras propias creencias, valores y prácticas. Tal reflexión, luego, puede conducir al desarrollo de enfoques de prevención, mitigación y adaptación más adecuados a los fenómenos naturales drásticos.

Parece que los grupos humanos, que tienen recursos culturales eficaces para hacer frente al tipo de cambios que nos genera el cambio climático, por lo general se perciben a sí mismos como parte, y partícipes en la transformación, del medio ambiente natural, de tal manera que no tratan a la naturaleza como mero recurso u obstáculo. (Véase también Heyd, 2004; Heyd, 2005; en especial, véase Heyd, 2007) Estos grupos se rigen por



sistemas de creencias y de valores que se expresan en prácticas materiales y formas de modificar los entornos que suponen que la naturaleza y los seres humanos están integrados *en una misma comunidad*. Concluimos que, en un mundo en que los cambios medioambientales drásticos, tal como se producen en conjunción con el cambio climático, son cada vez más frecuentes, es de gran urgencia apoyar los programas de investigación sobre el papel de la cultura en la adaptación. Tales programas debían estar encaminados a determinar la forma en que las concepciones de la relación entre la naturaleza humana, los valores y las prácticas, respectivamente, interactúan. El fin último es de esclarecer cómo se establecen patrones culturales que llevan a pautas de comportamiento del tipo que pueden facilitarnos a nosotros y a futuras generaciones modos de adaptación compatibles con nuestro deseo de felicidad y bienestar, en armonía con la actividad de las multiplicidad de manifestaciones y seres naturales de los que dependemos y que podemos llegar a apreciar como tales.

AGRADECIMIENTOS

Se agradecen los comentarios proporcionados por Tony Berger, y estoy endeudado con la espléndida ayuda en la corrección de la traducción del texto por parte de Magdalena Guarda, y especialmente por parte de Carmen Rodríguez Cameselle.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Attfield, R.: "Generaciones futuras: Considerando todas las partes afectadas", en *Isegoría*, 32, 2005, 35-45.
- Brody, H.: *The Other Side of Eden, Hunters, Farmers, and the Shaping of the World*, North Point Press, 2001.
- Cruikshank, J.: "Glaciers and climate change: Perspectives from oral traditions", en *Arctic*, 54 (4), 2001, 377-93.
- Cruikshank, J.: "Nature and culture in the field: Two centuries of stories from Lituya Bay, Alaska, Knowledge and Society", en de Laet, M. (ed.): *Research in Science and Technology Studies: Knowledge and Technology Transfer*, 13, JAI/Elsevier Science, Amsterdam, 2002, 11-43.
- Gardiner, S.M.: "Ethics and Global Climate Change", en *Ethics*, 114, 2004a, 555-600.
- Heyd, T.: "Themes in Latin American Environmental Ethics: Community, Resistance and Autonomy", *Environmental Values*, 13 (2), 2004, 223-42.
- Heyd, T. (ed.): *Recognizing the Autonomy of Nature: Theory and Practice*, New York, Columbia University Press, 2005.
- Heyd, T.: *Encountering Nature: Toward an Environmental Culture*, Aldershot, U.K, Ashgate, 2007.
- Ingold, T.: "Introduction to Culture", en: Ingold, T. (ed.), *Companion Encyclopedia of Anthropology, Humanity, Culture and Social Life*, Routledge, 1994.
- Jamieson, D.: "Climate Change and Global Environmental Justice", en Edwards, P. y Jamieson, D. (eds): *Changing the Atmosphere: Expert Knowledge and Global Environmental Governance*, 2001, pp. 287-307.
- _____ : "Cuándo deberían los utilitaristas ser teóricos de la virtud, en *Isegoría*, 32, 2005, 9-34.
- Leroy, S.: "Rapid Environmental changes and civilisation collapse: can we learn from them?", en *Rapid Landscape Change and Human Response in the Arctic and Sub-Arctic Conference*, Whitehorse, Yukon, Canada, 15-17 junio 2005.



- Pontara, G.: *Ética y Generaciones Futuras*, Barcelona, Ariel, 1996.
- Ramos Torre, R.: “El Retorno de Casandra: modernización ecológica, precaución e incertidumbre”, en García Blanco, J. M./Navarro, P.: *¿Más allá de la Modernidad?*, Madrid, CIS, 2002, 403-55.
- Shue, H.: “Subsistence emissions and luxury emissions”, en *Law and Policy* 15, 1993, pp. 35-59.
- Singer, P.: “Ethics and Climate Change: a Commentary on Mac Cracken, Toman and Gardiner”, en *Environmental Values*, 15, 2006, pp. 415-22.
- Riechmann, J. y Tickner, J. (coords.): *El Principio de Precaución*, Barcelona, Icaria, 2002.
- Soroos, M.S.: *The Endangered Atmosphere: Preserving a Global Commons*, Columbia, S.C.. University of South Carolina Press, 1997.
- Valdivielso, J.: “Las relaciones entre la justicia y el medio ambiente”, en García Gómez-Heras, J. M^a y Velayos, C.: *Responsabilidad política y medio ambiente*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.
- Velayos Castelo, C: “Deberes y felicidad en la ecoética”, en *Isegoría*, nº 32, Madrid, CSIC, 2005.